El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8041

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—***Provincias***, tres meses, 7'50 id.—***Extranjero***, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS. 4

Sábado 25 de Agosto de 1888

ECOS DE MADRID,

24 de Agosto de 1888.

Mientras que una buena parte de la prensa periódica cierra la acción popular, y los aficionados á emociones políticas comentan las noticias de Vicálvaro, y los crímenes menudean en todas partes y las desdichas y las calamidades nos recuerdan á cada instante que vivimos en el valle de lágrimas,—valle que dicho sea de paso se convierte á menudo en escabroso monte—los pueblos celebran la fiesta de sus santos patronos, ofreciéndonos al lado del espectáculo de la devoción el de la barbarie.

En toda España, pero particularmente en los pueblos más próximos á la corte, este cuadro del salvajismo aparece más acentuado.

Función de iglesia con orquesta y todo á la que acuden los fieles muy contritos, exhibiendo un fervor religioso digno de aplauso. Hasta aquí todo es correcto y digno de alabanza. Las mujeres adornadas con sus mejores galas llenan el templo, los hombres recién afeitados y con camisa limpia, unen sus preces á las del bello sexo, todos rezan, todos piden á Dios y á su santa madre el remedio de sus necesidades y el consuelo de las aflicciones.

De los pueblos inmediatos y de Madrid acuden numerosos fieles, las campanas voltean produciendo esos sonidos que anuncian la fiesta, gran bullicio en las calles, las guitarras se templan, la alegría rebosa en los semblantes. Nada más natural que estas expansiones. Los que han trabajado durante todo el año, los que han sufrido las zozobras que entraña la vida del labrador, las pobres mujeres que han permanecido entregadas á las faenas de la casa, sin distracciones, en los brazos de la monotonía del aburrimiento, deben siquiera un par de días al año echar canas al aire, abrir el espíritu á las expansiones y entregarse al jolgorio de la fiesta.

En Galicia hay en los pueblos bailes y cohetes de gaita, en las ciudades juegos florales, en el país vascongado hay zortzicos y partidos de pelota; en Cataluña, se baila también y hay concurso de orfeones. En los pueblos más próximos á Madrid y en algunos otros del resto de España, lo más importante de la fiesta es la lidia de unos toros para los aficionados á la corrida de reses cerriles.

En los circos taurinos el espectáculo es bárbaro; pero al menos los diestros lucen habilidad y valor. La lidia constituye un arte y no deja de tener mérito que el hombre con su destreza y con su arrojo burle á la fiera, la castigue y la deje tendida á sus pies.

Pero las corridas de toros en las plazas de los pueblos, en circos improvisados, donde hombres y muchachos sin arte, sin orden, obrando por accesos de salvajismo, atormentan, tropiezan unos con otros, caen, se levantan y en ocasiones oponen la navaja á los cuernos del animal, el espectáculo pierde todo el interés que puede ofrecer en las plazas de 1.ª y se convierte en una carnicería de barbarie.

Aún podría pasar este triste aspecto de la humanidad alegre si las consecuencias de semejante diversión no fueran funestas. Todos los años quedan como consecuencia de estos festejos un centenar de lisiados y raro es el pueblo donde no hay una víctima al menos.

Este año en Leganés han muerto dos aficionados

—Pero eran forasteros! dicen los que no quieren que se supriman los toros populares.

En otro pueblo, no recuerdo ahora cuál, se le ocurrió á los directores de la fiesta colocar en el testuz de una vaca una bolsita con unas cuantas monedas. El que quitase la bolsa al animalito sería dueño de aquella fortuna, probablemente cuatro ó cinco pesetas.

Esta novedad encantó á los vecinos de la población y hasta las madres decían á los chicuelos:

—A ver si eres listo y pescas el bolso!

¡Qué más querían que esta recomendación!

Las costaladas que llevaban..!

¡Qué de risas! ¡Qué de voces!

—Anda cobarde!

—Atrévete blancote!

De pronto se oyó un grito horrible... y poco después otro. Dos chicos aparecieron en el aire volteados por la furiosa vaca y luégo cayeron para no levantarse más. Dos madres lloraban amargamente.

Tal son las fiestas de los pueblos próximos á la capital más culta.

Julio Nombela.

Variedades.

A LOS OJOS DE A...

—(o)—

Ojos de color oscuro
por cuya ausencia suspiro,
ya en vosotros no me miro
aunque mirarme procuro.

Ya no prestáis á mi sér
luz con vuestra oscuridad,
que oscuro sois de verdad
para no dejarme ver.

Tan negro como la pena,
tan negro como el dolor,
es, ojos, vuestro color
que de tristeza me llena.

¿Por qué me tratáis así?
¿por qué ya no me miráis?
¿por qué las luces que dais
son tinieblas para mí?

Ojos de grata memoria,
ojos de recuerdo eterno;
no condenarme al *Infierno*
cuando habéis sido mi *Gloria*.

M.

HISTORIA DE UNA CABEZA NEGRA.

En 1885 se hablaba mucho en el Alto Senegal de un negro, antiguo esclavo de Amador de Sagú, llamado Mahamud Lamine.

Era un marabut de unos 57 años de edad que había ido en peregrinación á la Meca y que decía ser el Mudhi anunciado por los profetas y encargado de regenerar el mundo, con las armas como medio y el Korán como objetivo.

Los franceses cometieron la imprevisión de no tomar por entonces algunas legítimas medidas de precaución contra él, porque el tal marabut había reclutado unos 10.000 partidarios y con ellos había avanzado hasta las puertas de Bekel, amenazando esa importante posición francesa.

El coronel Frey, por entonces jefe de las tropas francesas que operaban en el Senegal, no logró capturarlo, á pesar de los grandes esfuerzos que para ello hizo y de las esperanzas fundadas de conseguirlo que más de una vez alimentó.

Al año siguiente el coronel Galliani reemplazó á Frey en el mando superior del Alto Senegal y del Sudán francés, y el primer cuidado del nuevo jefe consistió en prevenirse de las dificultades que Lamine pudiera suscitar á los franceses allí, y comenzó por perseguirlos activamente sin grandes resultados al principio, porque Lamine logró huir é internarse en el territorio.

Cada día sin embargo iba siendo más necesario para los franceses librarse de un agitador activísimo que no dejaba en paz al país protejido por Francia, y que asesinaba sin compasión á cuantos mostraban simpatías hacia la nación europea.

Un golpe de mano astutamente preparado, hizo que los franceses se apoderasen á las puertas de Bekel, del hijo de Lamine.

Juzgado y sentenciado militarmente el joven marabut se presentó arrogante y frente á frente del pelotón encargado de fusilarlo, y sonriendo con tranquilidad, cayó muerto después de haber pronunciado estas palabras: «Los hijos deben pagar lo que hacen sus padres.»

Cuanto al padre, el coronel Galliani emprendió la tarea de rodearle de enemigos y tan hábil y afortunado fué en su empresa, que á poco de acometida todas ó casi todas las tribus aliadas del marabut habían aceptado el protectorado francés.

Los ingleses, en cuyo territorio se había refugiado el pretendido Madhi, le expulsaron, temerosos de las reclamaciones francesas, y el marabut no tuvo más remedio que volver al teatro de sus hazañas, encontrando al paso que todos sus antiguos aliados le cerraban las puertas y se negaban á seguir su suerte.

Lamine estableció su cuartel general en Toubakouta, pueblecillo levantisco que no quería nada con Francia, y aceptó en su recinto al famoso agitador.

Pero allí tenía un enemigo formidable, gran devoto de los franceses, Osmán Gassí, quien espontáneamente ofreció su concurso á los europeos.

Tal era la situación á fines del pasado año 1887.

El coronel Galliani estaba decidido á concluir con Lamine; pero ocupado en mayores empresas y resuelto á hacer una campaña para construir el fuerte avanzado de Siguiri, encomendó al capitán de Artillería Fortín el encargo de reemplazarlo en la realización en sus planes para el exterminio de Lamine.

Este seguía enviando sus emisarios en todas direcciones. «Podeis venir á mi—decía—los franceses no tendrán jamás la audacia de acercarse á mi residencia. ¡Además sus cañones no arrojarían más que agua. Dios me lo ha dicho!»

Unos tres mil guerreros se habían unido á él al mismo tiempo que gracias á la proximidad de las factorías inglesas, el pretendido *Mahdi* había aprovisionado á Toubakouta de víveres y municiones.

El capitán Fortín concentró su columna de operaciones en Bavi. Llevaba unos 600 hombres y dos piezas de 80 centímetros; pero además contaba con 4.000 auxiliares indígenas al mando de Osmán Gassi.

El capitán Fortín, que á pesar de su vigorosa juventud, por terribles achaques adquiridos en las campañas de Africa, no podía entonces montar á caballo, se hizo conducir en una litera al frente de sus tiradores, y se puso en camino para Toubakouta, decidido á apoderarse del marabut.

La columna hubo de sufrir mucho antes de llegar al término de su expedición; pero al fin, al amanecer del día 15 de Diciembre llegó á la vista del cuartel general del supuesto Madhi, y las dos piezas, puestas en batería, rompieron inmediatamente el fuego contra su inmensa *tata*, que media un kilómetro de extensión.

Los guerreros del marabut, que habían salido del pueblo, viéronse obligados á refugiarse en él inmediatamente, al mismo tiempo que la artillería lograba abrir brecha y los tiradores franceses, protegidos disponían el asalto.

A la cabeza de la columna de ataque marcha Osmán Gassi, decidido á vengar los asesinatos cometidos por Lamine. Pero desgraciadamente, el pretendido Madhi, fugitivo siempre, logra de nuevo escapar aquélla vez. Los indígenas, auxiliares de los franceses, exasperados al saberlo, se lanzan en su persecución, decididos á alcanzarle, aunque se interne en territorio inglés.

Además, el capitán Fortín tiene prevista esta eventualidad y dos mil hombres, obedeciendo órdenes suyas, cortan la retirada del fugitivo, que frustrado entre dos fuegos intenta en vano acometer de frente por el Norte, porque allí lo aguardan 600 franceses.

A cuatro jornadas de Toubakouta, hay un pueblecillo donde se refugió Lamine. Detrás de él llegan dos columnas que lo persiguen; los habitantes del pueblo son cazados como conejos y huyen despavoridos; el marabut comprende que ha llegado su última hora. Sus inspiradores lo engañaron cuando le dijeron que era el elegido del Profeta. El Profeta ya no le proteje. Aquel desgraciado coje un revólver é intenta levantarse la tapa de los sesos; pero en el mismo instante una bala de sus perseguidores le fractura una pierna y la del revólver disparado por él, cambia de dirección, le entra por la garganta y busca salida por detrás de la nuca. Sus perseguidores se precipitan sobre él pero respetan el resto de vida que le queda, lo hacen prisionero y emprenden con él la marcha hacia su campamento.

Las penalidades del camino acaban con el supuesto Madhi, que muere sin exhalar una queja.

El sol abrasador de aquellas latitudes lanza fuego sobre el grupo de vencedores y el vencido, en el cual, ya muerto, comienza á producir sus efectos el calor de 42 grados que se siente. Se hace necesario adoptar algunas precauciones si han de ser conservados los restos del marabut. Sus vencedores le abren el vientre, lo desocupan y lo llenan de sal. Pero el camino es largo, por allí no hay un solo árbol, no hay sombra, y aquella preparación verdadera primitiva es insuficiente. Un guerrero echa pie á tierra, corta la cabeza de Lamine y la cuelga del arzón de su silla de montar; pero los ardientes rayos del sol empiezan á descomponerla, y entonces reciben la idea de cocerla para sustituir de ese modo las combinaciones químicas y los aparatos de cirujía. Así logran despojar la cabeza de su pellejo negro, la máscara sombría y sanguinolenta se ve sustituída por amarillento cráneo, y así pasean los restos que quedan del *Madhi* por los pueblos donde los mismos habitantes se inclinan respetuosa-